

COLECCIÓN
LA MUCHACHA DE DOS CABEZAS



**CONTRA AQUELLOS
QUE NOS GOBIERNAN
LEV TOLSTÓI**

Traducción de Aníbal Peña

e
errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: enero de 2014
TÍTULO ORIGINAL: *Rabstvo našego vremeni*

© de la traducción, Aníbal Peña, 2013
© Errata naturae editores, 2014
C/ Río Uruguay, 7, bajo C
28018 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-15217-63-3
DEPÓSITO LEGAL: M-36330-2013
CÓDIGO BIC: JP
DISEÑO DE PORTADA E ILUSTRACIONES: David Sánchez
MAQUETACIÓN: Natalia Moreno
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Un factor de la vía férrea Moscú-Kazan, encargado de pesar las mercancías en una estación de esa línea, me contó un día, durante una larga conversación, que los braceros que se ocupan de poner los bultos en la báscula trabajan treinta y seis horas seguidas sin descanso.

Tenía confianza plena en mi interlocutor, pero me costó dar crédito a sus afirmaciones. Creí que se engañaba o exageraba, o que yo no comprendía el sentido exacto de sus palabras.

Sin embargo, los detalles que me dio después acerca del modo en que trabajan aquellos desgraciados no me permitieron seguir dudando. Me aseguró que en la vía férrea Moscú-Kazan hay doscientos cincuenta braceros sometidos a tan terrible labor. Forman grupos de cinco hombres y se les paga a razón de un rublo o de un rublo y quince kopeks por mil puds¹ de mercancías cargadas o descargadas.

¹ Es decir, 16,38 toneladas, pues 1 pud equivale a 16,38 kilos. (Esta nota, al igual que todas las demás, son del editor).

Llegan por la mañana, trabajan descargando durante todo el día y la noche siguiente, y luego, al salir el sol, van al muelle de carga y trabajan allí hasta la noche. Así, en el espacio de cuarenta y ocho horas, únicamente disponen de una noche para dormir.

Su trabajo consiste en remover y desplazar bultos que pesan entre siete y diez puds cada uno. Dos hombres del grupo cargan los fardos sobre la espalda de los otros tres, que los transportan. Por ese trabajo cada uno gana algo menos de un rublo cada cuarenta y ocho horas. Trabajan sin descanso, los domingos y festivos igual que el resto de días.

Como decía, aquella relación detallada no me permitía ya dudar. Pero deseando verificar todo esto por mí mismo, fui un día al muelle de carga y descarga. Allí encontré al factor, a quien declaré que quería comprobar la exactitud de sus palabras.

—Tienes que entender —le dije— que lo que cuentas parece increíble.

Sin contestarme, se volvió hacia una garita que estaba cerca de nosotros.

—Nikita —gritó—. Ven acá.

Salió un trabajador de la garita. Era alto, delgado, vestía un blusón harapiento.

—¿A qué hora has empezado a trabajar?

—¿A qué hora...? Ayer por la mañana.

—¿Dónde estabas anoche?

—¡Aquí, demonios, descargando las mercancías!

—¿Cómo! ¿Trabajáis también por la noche? —pregunté yo entonces.

—¡Toma! Ya lo creo...

—Y hoy, ¿a qué hora llegaste aquí?

—Pues... por la mañana.

—¿Y cuándo acabarás?

—Pues cuando se nos despache.

Cuatro trabajadores se acercaron a nosotros. Formaban con el primero un mismo grupo de descargadores. Ninguno llevaba abrigo. Vestían todos blusones desgarrados, a pesar de que el termómetro marcaba veinte grados bajo cero.

Al ver que les interrogaba acerca de los detalles de su existencia, parecieron sorprendidos de que me interesara tanto por las treinta y seis horas de trabajo, pues a ellos les resultaba algo natural.

Todos eran campesinos emigrados. La mayoría provenía, como yo mismo, de la zona del Óblast de Tula, y algunos pocos de Oriol y de Vorónezh. Ahora vivían como desdichados en Moscú. Hay algunos que habitan con sus familias, pero casi todos lo hacen solos y envían el fruto de su trabajo a sus padres o a sus hijos, que permanecen en las aldeas.

Por regla general, comen en las mismas casas de huéspedes donde duermen. Su alimentación, casi siempre a base de carne, pues no observan la Cuaresma, le cuesta a cada uno diez rublos al mes.

En realidad, dedican al trabajo más de treinta y seis horas seguidas, pues por lo menos necesitan media hora para ir a la estación y otra media para volver a su casa, y además porque, muy a menudo, se les hace trabajar un ratito más de lo estipulado. Y por este trabajo espantoso de treinta y siete horas sin interrupción, reciben veinticinco rublos al mes, de los cuales hay que deducir el importe de la comida.

—¿Por qué hacéis este trabajo de presidiarios? —les pregunté.

—¿Y qué quiere que hagamos?

—¿Es absolutamente necesario que trabajéis durante treinta y seis horas sin descanso? ¿No se podría establecer un tiempo razonable de reposo entre todas esas horas de trabajo?

—Éstas son las condiciones que se nos imponen.

—¿Por qué las aceptáis?

—¿Por qué? Porque tenemos que comer. El que se queja, ¡ea, fuera! Si uno se retrasa una hora, se le ajusta en el sueldo. No supone un problema, tienen diez solicitudes para cada puesto de trabajo.

Todos los que me hablaban así eran jóvenes. Tan sólo uno de ellos parecía tener más de cuarenta años. Tenían el rostro demacrado, fatigado, y la mirada apagada de los bebedores. El primero con quien hablé me produjo asombro sobre todo por el extraño cansancio que leía en sus ojos. Le pregunté si había bebido.

—No bebo —me contestó.

Había contestado sin reflexionar, como contestan siempre a tal pregunta los que no son bebedores.

—Tampoco fumo —añadió.

—¿Y los otros, beben?

—Sí. Se traen aguardiente.

—El oficio es muy duro. Es preciso recobrar las fuerzas —explicó el de más edad, que estaba ebrio, aunque lo disimulaba perfectamente.

Después de haber hablado con estos trabajadores, me separé de ellos y caminé hasta el muelle de descarga.

Caminando a lo largo de las hileras de bultos, llegué junto a un grupo de hombres que empujaban lentamente un vagón cargado. Cambiar de sitio los vagones, limpiar los muelles y quitar la nieve son otras tantas faenas que los trabajadores, por una cláusula de su contrato, deben realizar sin remuneración.

Los que tenía delante ahora estaban tan flacos y andrajosos como los primeros. Al ver que se detenían después de haber colocado los vagones en el sitio requerido, me acerqué y les pregunté a qué hora habían empezado a trabajar y a qué hora acabarían.

Me contestaron que trabajaban desde hacía siete horas y que hacía apenas un momento acababan de parar a comer algo. Las necesidades del servicio impidieron, sin duda, que se les despachara antes.

—Y ahora, ¿cuándo os dejarán descansar?

—No lo sabemos... A veces trabajamos hasta las diez.

En el tono de su contestación dejaban entrever una suerte de orgullo por la resistencia que demostraban. Viendo que me interesaba por ellos y tomándome, sin duda, por un jefe, me rodearon y muchos comenzaron a hablar, casi todos a un tiempo, exponiéndome sus descontentos.

Se quejaban sobre todo de las pequeñas dimensiones de la sala donde, después de las fatigas de la jornada y antes de comenzar el trabajo de noche, se les permitía calentarse y a veces hasta echar un sueño de una hora. Todos protestaban vivamente contra la angostura de aquel refugio.

—Somos por lo menos cien hombres los que debemos amontonarnos allí. Muchos no encuentran ni un rincón donde tenderse... Es verdad que podemos tumbarnos bajo las bancas de madera, pero es un espacio muy estrecho —decían varias voces descontentas—. Venga a verlo usted mismo, está a dos pasos de aquí.

No mentían. La sala a la que me llevaron no era nada espaciosa. A lo sumo mediría diez arshíns de largo², y cuarenta hombres apenas podrían tenderse sobre las bancas que estaban adosadas a las paredes.

² Es decir, 7,1 metros.

Algunos trabajadores entraron conmigo. De nuevo empezaron las recriminaciones.

—Ya lo ve, bajo las bancas no hay manera de estirar los miembros.

Aquellos hombres, que sufrían sin abrigo de pieles un frío de veinte grados bajo cero, que durante treinta y seis horas se encorvaban bajo cargas de diez puds, y que, padeciendo hambre, debían esperar a que a sus jefes se les ocurriese darles un instante de reposo; aquellos hombres, cuya existencia era mucho más pesada que la de las acémilas, se quejaban únicamente de que se les ofreciera un lugar de descanso demasiado estrecho. Al principio me admiré, pero reflexionando en profundidad sobre su triste situación, comprendí cuán atroz debía de ser la desesperación de aquellos infortunados, que, transidos de frío, extenuados por la intensidad de un trabajo abrumador, anhelando unos momentos de reposo y bienestar en una atmósfera templada, sólo encontraban un espacio oscuro, bajo una banca, y debían penetrar allí arrastrándose por un suelo lleno de inmundicias, y una vez dentro, acurrucarse en una posición tan incómoda que no hacía sino aumentar la fatiga de su cuerpo, mientras respiraban un aire contaminado que acababa de consumir su vigor.

Sólo entonces, mientras buscaban en vano sueño y reposo, el sufrimiento les revelaba todo el horror

de aquel trabajo de treinta y siete horas que devoraba su existencia. Por tal motivo, la estrechez de la sala dejaba de ser para ellos una circunstancia relativamente insignificante de su vida mísera, y se convertía, por el contrario, en la causa principal de su descontento.

Después de haber observado a otros grupos e interrogado a algunos trabajadores más, que repitieron lo dicho por los primeros, volví a mi casa convencido de que el factor no había exagerado al describir los hechos.

Desgraciadamente era verdad que, por una corta suma que apenas les da para sobrevivir, hombres que se creen libres se condenan a un trabajo que el amo más cruel, en los tiempos de la servidumbre, no habría impuesto a sus esclavos. Hasta un cochero de punto evitaría tratar así a su caballo, pues el animal vale dinero y sería insensato abreviar por un trabajo excesivo de treinta y siete horas una vida valiosa.

Obligar a unos obreros a que trabajen treinta y siete horas sin descansar y sin dormir es propio de un hombre cruel y que desconoce sus propios intereses. Sin embargo, de continuo vemos que así se dilapidan con insensatez infinidad de vidas humanas.

Frente a la casa donde vivo hay una fábrica de sederías donde se han implementado todos los adelantos de la técnica moderna. Tres mil mujeres y setecientos hombres trabajan en ella. Mientras escribo oigo el ruido ininterrumpido de las máquinas. Visité una vez el establecimiento, de modo que me basta acudir a mis recuerdos para saber lo que significa ese rumor incesante. Esas tres mil mujeres inclinan sus espaldas sobre los telares, ensordecidas por el repiqueteo de los émbolos y el crujido de las ruedas. Durante doce horas enrollan, devanan y deslizan las hebras de seda para fabricar las telas.

Todas, con excepción de las que acaban de llegar de sus aldeas, tienen aspecto macilento. La mayoría lleva una vida desarreglada y las casadas se ven incluso en la necesidad de abandonar a sus hijos recién